

## **REGLONES Y VERSOS SOBRE LA COVID-19: LA FUERZA DE LOS MOLINOS.**

Cada vez, estoy más convencida de que se puede amar a los lugares. Tanto, como a las personas. Quizás, el amar a lugares, tiene que ver con amar a personas de esos lugares.

Yo no puedo evitar amar el pueblo de mi padre, aquel que le vio nacer. Tal vez porque amar a aquel lugar supone amar a mi abuela, una de las personas más importantes de mi vida.

Ella nos ha hecho amarlo, quererlo y disfrutarlo. Y nos ha enseñado algo muy importante: cuando el viento sopla en contra, alguien o algo puede hacerle cambiar el rumbo. Le escuché decir eso en numerosas ocasiones, hasta que, poco a poco, fue perdiendo la cabeza, y por culpa de un virus impostor, ha perdido hasta el aliento.

Se nos ha ido, para siempre y para nunca. Siempre guardaremos en nuestro interior su alegría, su entusiasmo y sus refranes y consejos.

Tan solo era una joven cuando entre los rayos de sol que caían como espadas y unas sábanas limpias nació su primogénito, en aquel lugar de la mancha... El primero de unos cuantos hijos.

Con tesón y orgullo, lo levantó, como ella solía decir y, consiguió levantarlo tanto que, lo ensalzó por encima de los otros seis.

A los dieciocho, se marchó a estudiar medicina a unos cuantos kilómetros de aquel pequeño y encantador pueblo. No faltaba nunca en sus citas habituales, para visitar a sus padres y hermanos. Un día de Mayo, ya habiéndose licenciado, se presentó en su casa del pueblo, cogido del brazo de una bella mujer: mi madre.

Encontró en ella la esencia de la vida. Una maestra dispuesta a emprender una vida con él, mientras luchaba por conseguir una educación equiparable entre los niños

del pueblo en el que trabajaba. Cada día, viajaba ochenta kilómetros de ida y otros ochenta de vuelta para poder impartir, lo que ella llamaba, educación reflexiva. Se había entregado a la causa de conseguir que los niños sin recursos de aquel pequeño pueblo aprovecharan sus enseñanzas.

Felipe, mi padre, sorteó cada pequeño bache en su camino. Tenía claro que conseguiría dar aire a todos aquellos que lo necesitaran, mientras su mujer se encargaba de enseñar a sus niños a aspirar y aprovechar ese aire que les daba la vida.

Tenía la esperanza de que aquellos molinos que siempre habían movido el aire le hicieran llegar a mi abuela ese aire que ahora le faltaba a ella.

Hace dos semanas, recibimos la llamada de mi abuela:

—¡Me ahogo! —le dijo a mi padre.

Su hijo terminó su consulta diaria, en la planta de neumología, y volvió a casa. Más tranquilo, volvió a llamar a mi abuela.

—Mamá, ¿has ido al centro de día?

—Sí, y es allí donde casi me ahogo.

Mi padre, no se explicaba cómo era posible que hubieran permitido a mi abuela hacer semejante llamada desde el centro de día. Normalmente, si tenían algo que comunicar llamaban ellos mismos a los familiares de la persona.

—Voy para allá, mamá.

—¡Ni hablar! No te vas a hacer más de doscientos kilómetros, tienes que trabajar y estar allí con tu familia.

—Dime entonces cómo quieres que te ayude.

—Dímelo tú, ¡que para eso eres médico!

Mi abuela, tenía esa facilidad de darle la vuelta a la tortilla. Tan pronto te pedía que le ayudaras a fregar los platos, como que te sugería que te ofrecieras a hacerlo y ella te daría un acicate que, normalmente, venía en forma de recompensa económica.

—Para que te convides —solía decir.

Vi a mi padre caminar por el salón mientras se apoyaba el móvil sobre su hombro y dejaba que rozara su oreja. Con las manos trasladaba unos documentos que llevaba a su despacho.

—Mamá, mañana por la mañana llamaré a tu médico.

—A ver si tengo suerte y llego a mañana...

Esa, era de las maneras camufladas de mi abuela. Usaba este tipo de táctica cuando pensaba que hacía demasiado tiempo que no íbamos a verla. También se hacía servir de preguntas amables, acompañadas de caricias y una leve sonrisa, donde inquiría cuestiones como: ¿Cuándo tiempo crees que me queda a mí?, Si yo... ya... he vivido muchos años.

No la escuchábamos demasiado porque aquellos pensamientos no le quitaban las ganas de vivir. Ella continuaba con su misma sonrisa, cocinando sus lluecas y haciendo su famoso pisto al puchero, saliendo cada martes al mercado a comprar, enviando a la vecina a comprarle el pan y saliendo a tomar el fresco cada uno de los días de verano.

—Me dices que te ahogas, pero no has ido a ver al médico. Te digo que voy a verte y me dices que no, pero, a su vez, piensas que, tal vez, no llegues a mañana. ¿Cómo lo hago, mamá?

El doctor Navarro (así llaman a mi padre) es un neumólogo de reconocido prestigio y respetado por todo el hospital. Conferenciante e investigador de causas de ventilación pulmonar, como él las llama, pero cuando se trataba de tomar

decisiones con respecto a mi abuela, se convertía en el mayor de los títeres. Movido al antojo de su madre, que camuflaba tanta sutileza en cada una de sus actuaciones...

De no ser porque mi abuela era la más bella persona, habrían podido saltar chispas entre hijo y madre, pero dado que su Felipe siempre sería su Felipito, a pesar de llamarlo "mi mayor", la sangre nunca llegaba al río.

Me cuesta mucho pensar en pasado. No puedo dejar de pensar, lo que me gustaría estar allí con ella, ahora mismo. «Solo tres, solo tres», retumba en mi cabeza. Es la orden del gobierno.

Mi abuela, siempre había dicho que lo que le quieren a uno se mide por la cantidad de personas que acuden a su entierro. «En estos momentos, no puedo estar más en desacuerdo contigo, abuela».

Siempre que moría alguien del pueblo, o algún familiar de un familiar, mi abuela, era la primera en visitar a la familia al tanatorio, y, por supuesto, postergaba cualquier otro plan por acudir al funeral y al entierro, que solía ser al día siguiente.

No podía dejar de pensar en lo triste que estaba siendo el entierro de mi abuela: tan solo con su Felipito, su Andrés y su Javi. Su Felipito había hecho sus más de doscientos kilómetros para ocuparse de la despedida de su madre, tras su largo turno de trabajo. Ni siquiera pudieron darle sus días correspondientes porque en esos momentos tan difíciles le necesitaban. Su Andrés acudió desde el pueblo de al lado, lugar donde se había afincado, con su nueva familia. Y su Javi que estudiaba en la universidad en la ciudad, a pocos kilómetros del pueblo, el pequeño de la familia, vio morir a su madre sola. Aislada, por un maldito estado de alarma, que nunca pensarían que se pudiera dar. No contaban con que a estas alturas de la vida, fuese a darse una guerra, que era el único motivo por el que se les hubiera ocurrido que el país quedase bajo la orden de un estado de alarma.

Al día siguiente, mi progenitor hizo una llamada telefónica, que contendría toda y ninguna información.

—¿Cómo va, doctor Navarro?

—¿Qué hay? Te llamaba por mi madre... si pudiera desplazarse a su domicilio a valorarla... prefiero que no salga tanto a la calle, a pesar de ser un pueblo pequeño...

—¿Por allí como están?

—Mal, doctor García, mal. Gente ingresando muy mal y sobre todo...ya sabe, ancianos.

—Ya le comprendo. En pocos días, me han llegado a la consulta muchos con los mismos síntomas que su madre.

—Hablaré con ella. Aquí se está poniendo la cosa fea...

Escuché a mi padre hablar con mi madre esa misma noche. No se escondieron para tener aquella conversación. Cuando cenábamos juntos, mi padre contó a mi madre cómo veía que comenzaba a saturarse su hospital, mientras escuchaba por las noticias que aviones y barcos repletos de turistas continuaban llegando a nuestro país, mientras veía concentraciones retransmitidas por la tele y circulando por las redes sociales, reclamando derechos que no tenían que ver con la salud, mientras veía a algunos médicos utilizando medios como el youtube, o el whatsapp, como la radio, o la televisión, para reivindicar la falta de recursos con la que debían lidiar, para abrir los ojos a la sociedad dormida en los remansos de la mentira, mostrando datos reales, pidiendo que se declare el maldito y a la vez esperado estado de alarma.

Otros, nos mostraban tutoriales para hacer mascarillas, algunos que recomendaban su uso, otros que lo censuraban, algunos dirigentes de otros países culpando a los

chinos, otros defendiendo el ciclo de la vida, los economistas previniendo una catástrofe económica, y, mientras tanto, mi abuela ahogándose.

Ahogando su vida en sus recuerdos y sus días en sus horas, en su aliento.

—Los molinos soplarán con fuerza. Ellos sabrán darme el aire que necesito —dijo mi abuela a mi padre, dos días antes de morir.

Papá lloraba escuchándola perder sus recuerdos, su memoria y su lógica.

—Debe de ser la falta de oxígeno la que le hace estar así —le decía mi padre a mi madre.

Mi madre dejó el libro de lectura con el que enseñaba a leer a Máximo, mi hermano de seis años, y abrazó a mi padre. Mi hermano me miró y momentos después me preguntó si iba a venir a visitar el monstruo de la muerte a mi abuela. Le dije que sí y derramé una lágrima.

Mamá, nos ha enseñado a asumir las cosas de la vida como vengan. Lo de enseñar, para ella es vocacional. Siempre ha insistido en que, además de enseñarnos matemáticas, sociales, inglés o castellano, era muy importante, enseñarnos a afrontar las adversidades de la vida.

Por tanto, si mi abuela se estaba muriendo, había que saber que se estaba muriendo y que se moriría. Ese sería el final y más valía estar preparados para ello.

Me descalcé, no sé por qué lo hice, porque era pleno invierno, pero era lo que me apetecía, sentir la losa fría bajo mis pies. Sentir la vida, en su esencia. Tal vez para compensar el sentimiento de muerte que me llegaba tan próximo.

Fui hacia mi habitación y cogí mi móvil, comencé a mirar fotos que tenía en mi galería, donde aparecía con mi abuela el verano pasado. Siempre me había encantado su sonrisa, con sus labios pintados de rojo y sin sus dientes, tan natural...

Cerré la galería y busqué entre mis contactos:

—¿Abuela?

—¡Carmen, hija! —consiguió pronunciar, mientras se escuchaba el aire que le atravesaba la tráquea con dificultad.

—¿Cómo estás, abuela?

—¡Bien, rica, bien! —Mintió, como de costumbre—. ¿Y vosotros?

—Abuela, dime la verdad.

Sabía que, después de su acostumbrada mentira, venía la dura verdad. La que siempre te confesaba y conseguía retorcerte las entrañas.

—¡Qué mal estoy!

Quería decirle que la quería, pero se me formó el mismo nudo en la garganta que se me formaba siempre que intentaba decírselo.

Dos días después, dejé de comer. Todo me sabía mal, soso, a hierro, a óxido, a nada. Y no hay una sensación peor que sentir que comes sin comer. Se sumó la preocupación que sentía por mi abuela. Por mi padre, por mi madre, por mi hermano, por mí misma. Ese mismo día, mi abuela murió.

Dos días después del fallecimiento de mi abuela y habiendo pasado cuatro días desde aquella noche en que mi padre se echó a llorar en los brazos de mi madre, no lo he vuelto a ver. Mamá dice que está trabajando, que en el hospital están bajo mínimos. Esa misma noche, al ver que hacía dos días que mi padre no aparecía por casa, le pregunté a mi madre y no tuvo más remedio que ser fiel a su forma de ser y contarme la verdad.

—Tu padre descansa en un hotel.

—¿En un hotel?, ¿acaso ha pillado el coronavirus?

—No, pero está en vigilancia activa, tienen que hacerle las pruebas.

Esa noche nos llamó mi padre, nos confesó que las pruebas habían dado positivas y, por tanto, debía pasar la cuarentena aislado. Mi madre se enfureció. Había conseguido llevar la cuarentena con dignidad: trabajando toda la mañana encerrada en el despacho, que compartía con mi padre, hablando con sus alumnos, poniendo tarea, haciendo videollamadas por turnos, atendiendo a madres muy preocupadas por la situación y otras, despreocupadas por la educación. Por las tardes, conseguía sacar un hueco para sentarse a leer con mi hermano y conseguía que se quedara sentado más de una hora, mientras le intentaba reforzar su esfuerzo, que no era, ni por asomo, tan grande como le gustaría a mi madre.

Mientras tanto, mi plato, se quedaba sobre la mesa cada día lleno, más lleno que el día anterior. Mi madre lo achacaba a la pérdida de mi abuela, quizás también pensaba que lo que me motivaba a dejar la comida en el plato era un amor oculto, de la adolescencia, que me hacía anhelar sus besos y caricias. Al cual no podía ver, tocar, ni sentir. Aún proyectaba muchos días de encierro. Para una chica de quince años como yo, era como para Ana Frank permanecer escondida dos años, durante su persecución.

Esa noche, tras hablar con mi padre, me quedé apoyada sobre la pared de la cocina, escuchando la conversación entre mi madre y mi padre.

—¿Y no saboreas? —le preguntó mi madre—. Así que, ahora, han descubierto eso también.

Le confesé a mi madre, asustada, que yo también había perdido el gusto. Mientras se lo contaba, hizo ademán de soltar el móvil sobre la barra americana de la cocina, pero, finalmente, permitió a su mirada perderse y llamó a mi padre.

—¿Cómo hacemos para que nos hagan las pruebas? Tu hija no saborea desde hace días.



Mi padre movió hilos, desde su lecho, pero con su voz. Al día siguiente conseguimos como privilegiados que nos hicieran las pruebas. No las teníamos todas con nosotros. Como no nos ahogábamos, ni moríamos, de no haber sido porque mi padre trabajaba en la planta de neumología, seguramente habría pasado el covid-19 sin levantar la más mínima sospecha. De puntillas por la vida, como muchas de las personas que veía por la tele y por las redes sociales. Con un positivo que a ojos de muchos era un negativo.

Ahora, nos han tapado la boca a todos. Aunque algunos se empeñan en conjuntar un trozo de tela con los vaqueros. Todo ha pasado, aunque en realidad continúa, pero sin mi abuela, sin mi olfato, con un hermano que no juega con sus amigos y sin esa ilusión por besar a un amor que solo existe en la mente de mi madre. Ahora, debemos pensar en el ahora mientras amamos a esos lugares que nos han enseñado esas personas a las que queremos. Espero que el viento de los molinos llene de aire muchas vidas.